

137

+

EL JOVEN QUE PERDIO SU SONRISA

1.-

Abrió los ojos sobresaltado. Al incorporarse y abandonar el lecho, con intención de llegar al cuarto de baño, apenas pudo abrir se paso entre los múltiples objetos -televisor, video, ordenador, radio-cassette, ...- esparcidos por la habitación. Titubeante, - abrió la puerta ... Tenía un presagio a causa de ese sueño. Un sueño extraño y difícil que no acababa de entender. Pese a las continuas dudas y al temor, que aumentaba considerablemente, tuvo valor de colocarse ante el espejo. Al instante, sus sospechas se corroboraron. Por mas que lo intentó, por muchas muecas y esfuerzos, - no consiguió mover sus labios. Había perdido la sonrisa. "¿Qué hago?", se preguntó alarmado. "No tengo sonrisa", dijo intentando -retorcerse los labios con los dedos. Era inútil: la boca permanecía inmóvil e inexpresiva. Sus ojos, se ensombrecieron de tristeza ... "No te preocupes", sonó una alegre vocecita procedente del dormitorio, "puedes volver a recuperarla". El joven avanzó para - descubrir a quien pertenecía esa voz tan jovial. Su sorpresa fué mayor cuando halló a un títere -un viejo arlequín, olvidado en el interior del baúl de la habitación- que intentaba abrirse paso - por lo alto del televisor. "¿Cómo es posible que hables y te muevas tu solo?", preguntó el joven anonadado. "Lo ignoras todo respecto a mi, querido amigo", exclamó el muñeco un tanto comprensivo. Cuando se acomodó en lo alto del ordenador, se sacudió el polvo con ambas manos: "Me has tenido olvidado. Mira qué sucio estoy. Pero, bueno, no es mi intención censurarte. Sólo pretendo ayudarte". Su interlocutor lo miraba desconcertado. "Quieres recuperar tu sonrisa, ¿es cierto?". El otro, asintió en silencio. "En ese - caso, deja la cara de bobo y escúchame. Anda y siéntate". Obedeció, colocándose en lo alto del programador, justo en frente del

titere. "No te creas el único desgraciado. Hay cientos, miles, millones de jovencitos como tú que todos los días pierden su sonrisa. No es de extrañar ..." y con el brazo señaló a los múltiples aparatos que les envolvían: "La imaginación es lo más importante que existe. Si no se le hace caso, si se la olvida o entierra, - acaba uno convirtiéndose en un ser triste, aburrido y solitario - como tú". El joven desplegó los labios para replicar pero el muñeco, le atajó: "No me respondas. Te conozco desde hace tiempo y sé lo que te sucede. Por ejemplo, sé que me libré de ir a la basura porque te recordaba la infancia. Esa época que siempre recuerdas con agrado. Sin embargo, me tuviste olvidado. Y conmigo, tus ilusiones, alegría ..." A pesar de la dureza de sus palabras y del rostro descolorido, el muñeco poseía una expresión tan tierna que obligó al joven a descender la mirada avergonzado. "Pero no quiero reprocharte nada. Te repito que no es esa mi intención. Aún no estás perdido del todo, por eso deseo ayudarte a recuperar tu sonrisa. Es decir, si eres fuerte y quieres de verdad encontrarla. - De lo contrario, ya sabes lo que te espera. Dentro de poco serás, como la mayoría de la gente que te rodea, un ser triste y aburrido. Sin ilusión ni esperanza ..." El joven, angustiado por aquellas palabras, entreabrió los labios: "¿Dónde puedo encontrar mi sonrisa?" "Está en "El País de las Mil Sonrisas" El joven, frunció el ceño contrariado. "¿Te das cuenta?", dijo el muñeco sonriendo, "No sabes nada de tí que te creías un sabelotodo! Anda, vístete y corre en busca de tu sonrisa. "El País de las Mil Sonrisas" se encuentra exactamente fuera de la ciudad. Sigue siempre la dirección del sol. Cuando dejes de ver edificios y te encuentres en el bosque, habrás llegado a ese lugar. Es curioso: está muy cerca y no lo conoce nadie ¡qué tontos sois los hombres!" El muñeco soltó una carcajada tan estruendosa que hasta se cubrió la boca con la manecita, sorprendido por la intensidad de su misma risa. El joven, aunque no podía sonreír, pareció animarse y miró agradecido al descolorido arlequín.

2.-

Caminaba por la calle en ^{la} dirección indicada mientras reparaba

en las personas encontradas a su paso que, visiblemente preocupadas, no cesaban de agitarse y de emitir extraños sonidos. Entre los transeúntes, encontró algún que otro conocido que, para mayor sorpresa suya, no contestó a su saludo. Parecía ignorado para el resto de los humanos. De pronto, empezaron a desfilar hombres grises que, sin abandonar sus movimientos de autómatas, corrían transportando extraños aparatos. Muchos de ellos, introducían sus maquinarias, de tornillos y tuercas, entre los dientes, haciendo duros esfuerzos por masticarlas. Algunos niños que les acompañaban también eran obligados a tragar pequeños aparatitos y, cada vez que los engullían, las órbitas de sus ojos oscilaban circularmente, emitiendo tímbricos sonidos semejantes a las máquinas tragaperras.

Poco faltaba para que el sol se ocultara cuando el joven había dejado atrás la interminable línea de edificios grandes y grises. Había llegado al bosque indicado por el muñeco. Parecía estar muy lejos y, sin embargo, ni siquiera se sentía cansado de andar.

3.-

No tardó en descubrir, entre dos frondosos setos, la entrada al lugar que buscaba. Un letrero, en forma de brillante y azulada sonrisa, flotaba en lo alto: "País de las Mil Sonrisas". En la puerta rosada, rezaba la indicación "Entrada".

Nada más tocar con los nudillos de la mano, la puerta chirrió entrecortadas risas y apareció la figura del Portero-Sonrisa, un hombre mofletudo y redondo, que no cesaba de reír. "¡Ah, ya sé quien eres!", dijo sin esperar a que el otro se presentara, "has venido en busca de tu sonrisa. Te será difícil encontrarla con esa cara de pocos amigos. En fin, pasa. Lo demás, es cosa tuya". La puerta volvió a cerrarse, produciendo las mismas risitas. "¿Qué dirección debo tomar?". "Cualquiera", respondió el Portero-Sonrisa, "Tu sonrisa debe de andar por ahí escondida. Así que puedes buscar en cualquier sitio y dirección". Y diciendo esto, el gordinflón comenzó a votar como una pelota de goma hasta que desapareció ...

Caminaba por una amplia senda bordeada de álamos cuyas hojas ovaladas también tenían forma de sonrisa. Las mariposas multicolores revoloteaban a su alrededor, alegres y juguetonas. La armonía del lugar era incomparable pero el joven se sentía abatido. "Debo encontrar pronto mi sonrisa", pensaba, "de lo contrario, estoy perdido. Sin ella, no podré saborear y disfrutar de las cosas bonitas, aparentemente sin importancia, que me rodean". Proseguía en sus cavilaciones cuando, ante sus ojos, apareció el Estanque Azulado. En el interior, se encontraban las Burbujas Sonrientes, gigantescas, opalinas y brillantes. Al advertir al forastero, las burbujas formaron un corro y empezaron a cuchichear. "¿Sabéis donde puede estar mi sonrisa?" Ante aquella pregunta, las burbujas dieron un brinco y saltaron por el estanque. "¿Habéis oído?", carcajeaban, chapoteando por el agua, "Pregunta por su sonrisa", y seguían alborozadas ante la perplejidad del joven que ignoraba el origen de aquellas risas burlescas. Después de un continuo jugueteo de idas y venidas, saltos y volteretas, las Burbujas Sonrientes se colocaron unas sobre otras hasta construir una singular pirámide de oscilantes multicírculos. "Aquí no está", respondieron aparentemente más tranquilas, "No tienes ilusión, ¿acaso existe algo más paradójico y contradictorio que encontrar un joven sin esperanza?". La figura se desmoronó y las burbujas volvieron a revolotear por el aire hasta formar una nueva imagen. "Parece un cisne", murmuró el joven, atraído por los llamativos glóbulos azulados. "Te equivocas", respondieron las burbujas muy orgullosas, "Es la primera letra de lo que tú andas buscando". Y durante algunos instantes contempló, con cierta tristeza, la gigantesca "Ese" pasearse tranquila y majestuosa por las aguas azules ...

5.-

Apenas anduvo unos cuantos metros, se encontró frente a una explanada. Flotando en el aire, oscilaba un letrero: "Plaza de la Risa". El recinto, también tenía forma ovalada y las losas que componían su pavimento, todas ellas de distintos colores, llevaban una sonrisa grabada. En el centro, se alzaba un Teatri

llo de títeres, adornado con telas de vivos colores, donde unos muñecos danzaban divertidos. "¿Está aquí mi sonrisa?". Los títeres detuvieron sus movimientos, visiblemente contrariados por la interrupción del joven. "Tampoco está en este lugar", vociferó un Polichinela. Y como si conociera al visitante desde siempre, completó censurante: "¡Nunca creíste en la fantasía y preferiste tus maquinatas electrónicas! ¿Cómo tienes la osadía de preguntar por aquello que tu mismo despreciaste?". "Busca en la Casa Risueña", añadió una lánguida Princesita que parecía más comprensiva que su compañero. La muñequita exhaló un suspiro y completó: "Es posible que allí encuentres alguna pista que te conduzca a ella". "¿Y dónde está ese lugar?". Al momento, un dragón asomó su gran cabezota para gritar ofendido: "¡Ahí enfrente la tienes, sotontoi! ¡Cómo no despabilés y tengas un poco más de decisión, no sé lo que será de tí!". El trío de muñecos reanudó sus danzarines movimientos mientras que el joven se retiraba turbado ...

6.-

La Casa Risueña era un lugar tan desconcertante para el joven que, al principio, sintió cierto temor. Su construcción le recordaba a las imaginativas ilustraciones de los cuentos infantiles pero, con la diferencia, de que en la fachada de esta singular y gigantesca casita los colores aparecían y se disipaban, como destellos luminosos, siendo imposible precisar el color que tenía. Había numerosas ventanas, todas diminutas y abiertas, por donde también se esparcían intensas luces policromadas. La puerta estaba abierta y, apenas atravesó el umbral de la entrada, se encontró en una amplia estancia donde grupos de niños realizaban, ensimismados, diversos murales, coloreados con ceras, en grandes trozos de papel extendidos por el suelo. Se dirigió a un niño, de unos ocho años, que estaba abstraído en su labor. "Por favor, ¿has visto acaso mi sonrisa por este lugar?". El niño lo miró asombrado. Después, se encogió de hombros y, sin dar respuesta, continuó deslizando la cera por el papel. Igual ocu-

rió en el resto de las habitaciones, donde el joven -trás diri- girse a otros niños que escribían, jugaban o, simplemente, char- laban rodeados siempre de un ambiente distendido- obtuvo la mis- ma silenciosa respuesta. "Oye, tú", le interpeló un chico peco- so y vivaracho que formaba parte de un grupo que no cesaba de - reir, "cuéntanos un cuento". El joven, los miraba sin saber qué decir. "Dejadlo", intervino comprensivo otro de los niños, "¿No véis que no sabe ninguno?". "Es verdad", añadió un tercero en - tono de burla, "Nunca lee, ni tampoco sabe imaginar historias - divertidas. Es una persona muy aburrida. No tiene ni sonrisa". El joven enrojeció al sentirse el blanco de las divertidas mira- das. "Fuera hay un baile de disfraces", comentó el mismo niño - comprensivo de antes, "Es muy posible que allí esté tu sonrisa".

7.-

Estaba anocheciendo cuando comenzaron a sonar los primeros compases del "Vals de las Flores" de Tchaikovsky. El joven, - atraído por los violinísticos acordes, había desembocado en un recinto donde cantidad de parejas, todas disfrazadas, danzaban tranquilas y felices al compás de la melodía. El lugar, estaba adornado de guirnaldas, flores y multitud de pequeñas lamparillas que sustentadas en el aire, también se balanceaban sobre las ca- bezas de los asistentes. Los disfraces, pertenecían a la más am- plia variedad de tipos fantásticos: dulces princesas, apuestos caballeros, simpáticas brujas, divertidos monstruos y demás per- sonas de leyendas y cuentos infantiles. Todos guardaban silen- cio, atentos únicamente a la interpretación musical de la peque- ña orquesta, compuesta de picarones duendecillos, situada en lo alto de una tarima en un extremo del lugar. Sus múltiples inten- tos por conseguir que alguno de los asistentes le informara so- bre el paradero de su sonrisa, no obtuvieron resultado alguno. Los bailarines continuaban sus rítmicos compases sin reparar lo más leve en la presencia del forastero. Este, agotado y abatido por tanta displicencia, se dirigió a la orquesta. Los duendeci- llos, al igual que los personajes anteriores, tampoco prestaron

atención a las preguntas, cada vez más angustiosas, del visitante. "¡Por favor, escuchadme!". Los músicos se detuvieron ante el imperativo y desesperado grito. A continuación, miraron al joven contrariados. "Si, ya sé lo que todos pensáis de mi", confesó humillado. "Pero ya no puedo soportar tanto desprecio. Por favor ...", suplicó a los músicos, "ayudadme a encontrar mi sonrisa. Quiero ser feliz como todos vosotros". Aquellas palabras conmovieron a los duendecillos. Uno de ellos, avanzó unos pasos y, dirigiéndose a los asistentes, preguntó en alta voz: "¿Alguien ha visto la sonrisa de este joven?". Al principio, se hizo un gran silencio. Después, las parejas se miraron confundidas y, tras encogerse de hombros, se inició un general murmullo. De entre el público, surgió un personaje: "Yo sé donde está la he visto!".

8.-

La voz procedía de un hombrecillo, disfrazado de pirata, - que llevaba un fardo de cohetes a sus espaldas. "Es el cohetero de esta fiesta", aclaró el mismo músico que había interrogado al público. "Ve con él. Te ayudará". El Pirata-Cohetero, alegre e inquieto personaje, agarró al joven del brazo y lo sacó de la pista. "Espera un momento", dijo mientras prendía la mecha de un cohete con una cerilla. "Tengo que lanzar un artefacto de estos". El cohete dejó tras de sí una serpenteante capa de humo y siseante sonido. La detonación produjo múltiples destellos de colores y carcajadas. Los asistentes aplaudieron contentos y, tras reanudarse el vals, volvieron a bailar. "Sígueme. Vi tu sonrisa por aquí". Cruzaron entre los bailarines hasta que el hombrecillo se detuvo ante una pareja: "Aquí está". El joven se halló frente a un Arlequín, idéntico al títere que dejó en su casa. El Arlequín se detuvo y la bella princesa que lo acompañaba se retiró sin dejar de bailar. "¿Por qué te extrañas de encontrarme aquí?", preguntó ante la perplejidad del joven. "No sabía que fueras tú" ... titubeó el otro sin salir de su asombro. "Hubiera preferido otro disfraz", aclaró el Arlequín con cierta -

tristeza, "Por ejemplo, un bufón. Así todo sería menos serio para mi. Me hubiera reído de las cosas, en vez de que todos se rieran de mí". "Vente conmigo", suplicó el joven. El Arlequín denegó: "Si vuelvo, otra vez estaré triste. Déjame. Al menos aquí, soy feliz". "¿Y si te prometo que todo será diferente?". La Sonrisa, contestó pensativa: "Entonces, volvería a creer en la voluntad del hombre". "Quiero ser diferente", afirmó el joven con tanta franqueza que su Sonrisa le sonrió: "¿Y si volveras a engañarme?". "No es esa mi intención ..." "Pero, ¿y si fallas?" "Al menos, dame otra oportunidad. También tengo derecho a equivocarme". La sinceridad del joven y su manifiesta voluntad, disiparon la desconfianza de la Sonrisa. Le rodeó con sus brazos, susurrándole con ternura: "Acepto el reto. Iré contigo. Pero antes, bailemos un poco. Eso si ipobre de tí como no cumplas tu promesa! Entonces, te abandonaré y no me encontrarás nunca mas". El joven, la asió por la cintura y ambos se lanzaron a la pista con las demás parejas. La música sonaba más dinámica, los colores de las bombillas parecían más intensos y los destellos sonrientes de los fuegos artificiales llovían sobre las cabezas de los danzantes, cada vez más embargados en la interpretación del vals. Había sonrisas por el suelo, en los pliegues de los disfraces, en el aire ... Alegres y saltarinas sonrisas que deambulaban por todos sitios. El mundo entero era una sonrisa.

9.-

Abrió los ojos. Se incorporó sobresaltado y se dirigió al baño. "Si, está", susurró tras repetidos y continuos pliegues de sus labios. Durante unos segundos, contempló su imagen pensativo. Después, miró los aparatos que yacían en el cuarto. Abrió el baúl: el títere estaba descolorido. Lo miró emocionado. "La imaginación es lo más importante que existe. Si se la olvida o entierra, acaba uno convirtiéndose en un ser triste, aburrido y solitario ..." Dentro del baúl encerró, uno tras otro, todos los aparatos: el video, el televisor, la computadora ... Se vis

tió, silbando animoso. En el momento de salir a la calle, cogió el títere y lo colocó sobre su hombro. Reteniendo la cabecita - del muñeco, muy cerca de la suya, abandonó el piso. Paseaba por la calle con su silencioso, pero insustituible acompañante. Y era, lo creía con toda certeza, uno de los días más felices de su vida ...

Capilerilla, 4 de Enero de 1985